

FILMS DE AMOR

LA DAMA DEL ARMIÑO



Núm.
74

25
CTS

Corinne Griffith-Francis X. Bushman

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS LUEYES

Redacción, Administración y Talleres:

Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 74

LA DAMA DEL ARMIÑO

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por los notables artistas

Corinne Griffith - Francis X. Bushman

por MANUEL NIETO GALAN

Selecciones **GRAN LUXOR**
VERDAGUER

Consejo de Ciento, 290 Barcelona

REPARTO

Lucrecia de Bellami... CORINNE GRIFFITH
General Rolstand... FRANCIS X. BUSHMAN

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

En el año 1819, cuando las tropas de Napoleón paseaban su triunfo por Europa, en el antiguo castillo de Beltrami, en Betonia, las campanas tañían tristemente por los héroes que murieron en los campos de batalla, luchando contra las tropas napoleónicas.

En contraste con el dolor que acongojaba en todos los pechos, en el salón principal del castillo celebrábase la boda de la bella condesa de Beltrami con el capitán Adrián de Murillo, que debía partir para el frente, tan pronto como terminase la ceremonia nupcial. El joven capitán, antes de partir había querido hacer realidad el sueño de toda su vida y, reunido con sus compañeros, esperaba la llegada de la novia.

Momentos después apareció, acompañada de su tutor, la condesita Lucrecia de Beltrami, y pasó por debajo del arco que habían formado con sus espadas los compañeros de su futuro esposo. Fué una boda triste, con el pensamiento acongojado por la pró-

xima marcha del ser adorado, y cuando los dos esposos, después de la ceremonia, se hallaron solos, unieron su amor en un tierno abrazo.

—Temo por tu vida, Adrián—exclamó la condesa.

—Tranquilízate, amor mío—respondió el capitán.—Volveré pronto, muy pronto.

Las cornetas llamaban a los soldados, y el capitán Adrián de Murillo se separó de su esposa para ocupar su puesto en la fila del ejército salvador.

Lucrecia, llorando por aquella separación, que la alejaba del hombre adorado, salió al mirador de una de las torres del castillo y continuó en ella despidiendo a su esposo hasta que desaparecieron las tropas en que iba.

Después de esta marcha, todo volvió a quedar en silencio. Nadie hubiera podido decir que allí acababa de celebrarse un casamiento de dos seres ligados por una gran pasión.

De pronto en el patio del castillo resonaron las pisadas de un corcel, y la servidumbre corrió a enterarse de lo que sucedía. Era un correo de las tropas betonianas que, sin detenerse, avisó a los moradores de la señorial mansión:

—Estad prevenidos; las tropas de Arcania se acercan, e indudablemente no pasarán sin visitar el castillo.

Dado el aviso volvió a salir inmediatamente, mientras que la servidumbre acudía a dar a la joven señora la fatal nueva.

— Señora— le dijo su doncella, — las tropas de Arcania se acercan y vendrán a este castillo.

A pesar de su juventud, la condesa Lucrecia no perdía su entereza ante los más graves conflictos, y después de procurar tranquilizarse, exclamó:

— Es preciso que sean recibidos por el dueño del castillo para que no sospechen nada.

Y con el pensamiento fué recorriendo a todos sus servidores para ver quien sería bueno para desempeñar el fingido cargo de esposo.

Había en el castillo un tal Fermín Camprotti, un hombre que había sido recogido por lástima, y que a su vez era un verdadero artista recortando siluetas. En él se fijó la condesa, y le dijo:

— Camprotti, es preciso que os finjáis conde mientras esa gente ocupa el castillo. Seguidme a mis habitaciones, y os daré todas las instrucciones.

El artista, a pesar de sus años, siguió con más diligencia que se podía esperar de él, a su señora, y momentos después procedía a su cambio de indumentaria.

Entrelanto, las tropas de Arcania habían llegado al castillo, al mando del general y

duque Alberto Rostal, llevando a sus órdenes al simpático príncipe Alberto de Arcania.

Apenas entraron en el castillo, el príncipe divisó a una preciosa muchacha de la servidumbre y estuvo un gran rato contemplándola admirativamente, hasta que Rostal le dijo:

— ¿Es así como entendéis la guerra?

El príncipe sonrió indiferente a la pregunta del general, y éste se acercó a él para decirle en tono autoritario:

Príncipe, en la vida civil tengo la obligación de llamaros Alteza, y si vuestro padre, por quien siento profunda veneración, muriese, os llamaría Majestad; pero aquí no sois más que un soldado y el peor de todos desgraciadamente.

A la orden, mi general— respondió sonriendo el príncipe.

En aquel momento hizo su aparición en la escalera el fingido conde de Murillo y exclamó, sin atreverse a acercarse:

— Caballeros, no os digo que sois bienvenidos a mi castillo... pero puesto que ya estáis en él, disponed como si fuera vuestro.

Al contemplar aquella ridícula figura sonrió el general, y esto hizo que Camprotti se sintiera con fuerzas para llegar hasta donde estaban todos los oficiales. Hizo una cere-

moniosa reverencia al general y volvió a decirle:

—Soy el conde de Murillo y os ofrezco mi casa, así como a vuestros oficiales—y dirigiéndose a éstos, exclamó:—Caballeros, todo lo que necesitáis no tenéis más que pedirlo.

Rostal, convencido de que la condesa sería de la misma edad que su fingido esposo, quiso castigar al príncipe y le dijo:

Os ruego, conde, que le digáis a la señora condesa que le ordeno que coma con nosotros. Acostumbro a cenar a las siete y creo que no me hará esperar.

Salió Comprotti para transmitir la orden y el príncipe quedó discutiendo con el general sobre el capricho de que presidiera la mesa la condesa.

—Habiendo tantas mujeres jóvenes y bonitas, no comprendo, general, porque os empeñáis en hacer que cene con nosotros la condesa.

—Para que veáis mi afán por complaceros, príncipe—respondió Rostal.—Quiero, además, dedicaros al servicio de esa dama mientras dure la comida.

Pero en aquel instante todos los oficiales que rodeaban al príncipe y al general se levantaron como movidos por un resorte e impresionados por la sublime belleza de Lucrecia, que acababa de aparecer al pie de la



Apareció acompañada de su tutor.

enormes escalinata que conducía al comedor.

El príncipe fué el primero en verla y corrió hacia ella, seguido del general.

—Me ha dicho mi esposo—exclamó Lucrecia en tono bastante severo—que deseáis mi compañía.—Y se quedó mirando al príncipe que se hallaba destunbrado.

Ninguno de los dos se atrevió a pronunciar una sola palabra, y nuevamente Lucrecia, sin dejar de mirar al príncipe, le preguntó:

—Podrías decirme, caballero, ¿quién ha sido el *galante* oficial que ha dado la orden?

El príncipe se inclinó galantemente, y señalando a Rostal, exclamó:

—Señora, esa orden sólo puede darla un general, y yo soy un simple soldado.

Perdonad, condesa — se excusó el general. — Habéis interpretado mal mi pensamiento. Mi orden era solamente una humilde súplica, pero estáis en vuestro castillo y podéis hacer lo que mejor os plazca.

—En ese caso, permitidme que me retire, caballeros — exclamó de nuevo la condesa, sin abandonar su aire señorial.

Si quiere Ud. aprender a bailar el

Tango argentino

Pida el nuevo método que acaba de publicarse. Así también los métodos de

EL CHARLESTON

y

BLACK-BOTTOM

Precio de cada método 25 céntimos

SEGUNDA PARTE

El correo que había ido a llevar la noticia al castillo de la llegada de las tropas de Arcania, después de haber cumplido esta misión, corrió en busca del conde, y le dijo:

—Señor, las tropas del general Rosal han entrado a vuestra casa.

Una terrible angustia y desesperación se apoderó del capitán Adrián; temió justíficadamente por su esposa, y rogó al general que le concediese permiso, diciéndole:

Os suplico, mi general, que me otorguéis licencia para marchar a mi castillo. Las tropas de Arcania han entrado en él y tengo el deber de cuidar de mi esposa.

—Podéis ir, capitán — le contestó el general, — pero es necesario que no olvidéis la circunstancia de disfrazaros.

Con la misma ropa que llevaba puesta el correo se disfrazó el conde y partió, segundos después, como un rayo, hacia el castillo, donde guardaba su más preciado tesoro.

Al acercarse a las puertas de la fortaleza, fué inmediatamente detenido por los soldados que, creyéndole un espía, trataron inútilmente de hacerle hablar. En vista de ello



—*Les ruego, caballeros, que me permitan retirarme.*

lo condujeron en presencia del general, diciéndole:

—Mi general, hemos encontrado a este hombre por los alrededores del castillo y no quiere decirnos quién es. Suponemos que se trata de un espía.

—Pues si es un espía, azotadle, y ya veréis como habla al fin—dijo, molesto, por aquel incidente, cuando aun se hallaba despidiéndose de la condesa.

Ésta reconoció inmediatamente a su esposo y exclamó:

—General, yo conozco a ese hombre. Es un pobre ser inofensivo que se dedica a recortar siluetas. Respondo de él.

—Si vos le conocéis, señora — exclamó Rostal, exagerando su galantería, — es suficiente para que se cumplan vuestros deseos y quede inmediatamente en libertad. Hizo una seña a los soldados que tenían sujeto al conde, y éste quedó libre instantáneamente.

La llegada de su esposo hizo comprender a la condesa que algo grave debía ocurrir, y mostrándose más afable, agradeció al general su atención, diciéndole:

—Como agradecimiento a vuestra galantería, acepto el presidir la cena, general — y volviéndose hacia donde estaba su marido, le dijo, a la vez que se cogía del brazo de Rostal: — Buen hombre, podéis esperar afuera, luego os hablaré.

Fueron sentándose en torno a la larga mesa, y el general, levantando su copa, brindó:

—¡Por la bella castellana!

Lucrecia apenas si tocó su copa con los labios, mientras que Comprotti, que se había sentado al otro lado de la mesa, apuraba copa tras copa, hasta que quedó en un estado lastimoso.

Lucrecia vestía un traje de terciopelo negro, que hacía resaltar aun más su exquisita belleza, y sobre el pecho llevaba prendido una preciosa orquídea. El príncipe que no le quí-

taba ojo de encima, mientras que deslizaba en los oídos de la castellana sus más finas galanterías, hizo además de apoderarse de la orquídea, pero Lucrecia se retiró repentinamente, cuando la sintió la mano sobre ella.

—Perdón, señora—exclamó el príncipe.—Sólo quería comparar la blancura de esa orquídea con la blancura de vuestro cutis: ¿No me haríais la merced de otorgarme esa flor?

—Imposible, príncipe—exclamó ella, acariciando la orquídea.—Las damas de Beltrami sólo dieron sus orquídeas a los hombres que amaron.

—Sabed, señora—exclamó entonces el general,—que sería para mí la dicha más grande el poder poseer esa flor, como recuerdo de esta noche inolvidable.

Lucrecia, al notar el estado de embriaguez en que se hallaba su fingido esposo, comprendió que lo más prudente era ausentarse y poder hablar con su marido, que la estaría esperando impotentemente. Se levantó de la mesa y les dijo a sus huéspedes:

—Les ruego, caballeros, que me permitáis retirarme.

El príncipe y el general signiéronla hasta el pie de la escalinata, y ella se volvió para decirles:

—Luego volveré a veros, caballeros.

Y mientras ella corría en busca de su esposo, los dos eternos rivales, el príncipe y el general, se retaron con la mirada. Ambos ambicionaban la posesión de aquella mujer y ninguno de los dos se atrevía a declarar sus pensamientos. Sin embargo, el carácter del príncipe era mucho más bondadoso que el del general: jamás se hubiera permitido abusar de la superioridad que le concedía la situación, mientras que estaba seguro de que el general lo haría así. No duró mucho tiempo sin que pudiera confirmar su sospecha, puesto que Restald le dijo autoritariamente:

—No olvidéis que soy vuestro superior y que quiero estar solo.

—Me había quedado solamente para saludaros, general—respondió el príncipe sonriendo, de una forma, que excitaba el nerviosismo del general.

Este llamó a un soldado y le ordenó:

—Avisa al oficial de guardia y dile que se me presente inmediatamente.

Cuando aquel estuvo en su presencia, le dijo:

—Bajo ningún pretexto permitiréis que salga nadie del castillo esta noche, y sobre todo, vigilat al príncipe.

—Vuestras órdenes serán cumplidas, mi general—respondió el subordinado, y salió de la estancia.

TERCERA PARTE

Lucrecia, mientras tanto, se hallaba en el jardín hablando con su esposo, que le decía:

—Tu permanencia en el castillo es imposible, Lucrecia. Huyamos ahora mismo y ganemos las líneas de nuestras tropas.

—No puede ser, Adrián—respondió ella.—Seríamos inmediatamente sorprendidos por nuestros enemigos. Es preciso emplear la astucia para salvarnos de ellos.

—¿Y si esos hombres pretenden abusar de tu belleza?

—Las damas de Boltrami saben morir suyas que entregarse—exclamó resueltamente la condesa.

Aun permanecieron abrazados largo rato hasta que un ruido de pasos les obligó a separarse.

Al entrar Lucrecia en el comedor, quedó parada ante la amplia escalinata que conducía al piso superior, fija su mirada en un hermoso retrato de una dama envuelta en una amplia piel de armiño.

Con la vista fija en aquel retrato, cuya semejanza con ella era sorprendente, quedó du-



—¿Y si esos hombres pretenden abusar de tu belleza?

rante gran rato, hasta que la voz del general la sacó de su ensimismamiento.

—¿Estáis rezando ante vuestro retrato?—le preguntó Rostald, acercándose a ella.

—Es el retrato de mi bisabuela—respondió ella.—Todos la llamaban «La dama del armiño» por su predilección por estas pieles.

—Indudablemente—continuó diciéndole el general,—vuestro bisabuelo fué un hombre de buen gusto. ¿Se amaron mucho?

—Muy poco—respondió tristemente la

condesa. — Al poco tiempo de casados, los enemigos de nuestro país entraron en nuestro castillo y el capitán que mandaba las tropas la obligó a entregarle su eskuidea para salvar a su esposo que había caído prisionero.

Al enterarse el conde a qué precio había recobrado su libertad, mató a su esposa y se suicidó él.

El general, sin impresionarse lo más mínimo por aquel trágico relato, exclamó sonriendo:

—Es horrible la guerra, ¿verdad?

Ella advino en la mirada del general el perverso deseo que brillaba en sus ojos *añado* además de retirarse, mas él, apoderándose de ella, pretendió besarla en el mismo instante que apareció en la puerta el conde durillo, que intentó interponerse.

—¿Quién os ha llamado aquí? — le preguntó el general.

Intervino la condesa, diciéndole:

—He sido yo la que le dije que volviera para entregarle algunos vestidos para su esposa, ¿no recordáis?

—Pues os ruego que se los entreguéis inmediatamente — exclamó el general, que empezaba a dudar de la personalidad de aquel hombre.

Mientras Lucrocio se dirigía a sus habitaciones para recoger algunos vestidos, Res-

talá quiso convenirse de que efectivamente aquel desconocido era lo que había dicho la condesa, y le dijo:

—Mientras la señora os entrega los vestidos recordad mi silueta.

No se inmuto por ello el conde; tomó las tijeras que había sobre la mesa y el papel, que había dejado Camprotti y, haciéndole volver de espaldas, empezó la difícil obra de recortar la silueta del general.

Camprotti, que se había despertado, al advertir la difícil situación del conde, se acercó a él, sin producir el menor ruido y recortó la silueta de Rastald, pero éste había visto toda la operación por el espejo.

Bajó la condesa, y el general exclamó al ver que Camprotti procuraba deslizarse,

—No os retiréis tan pronto, conde, y venid a admirar esta verdadera obra de arte.

—Magnífica — exclamó el artista. — Sois vos en persona.

—¿Y pretendéis retiraros sin darle un beso de despedida a vuestra esposa? — exclamó el general, recreándose en el dolor del conde y en la desesperación de la castellana.

Camprotti no supo que contestar, mas la fuerza de ánimo de la condesa también supo salir airoso de aquel incidente acercándose a Camprotti y acercando su cara a la del artista, a la vez que le decía:

—Pasad buena noche, querido.

Entonces el general se acercó a donde estaba Lucrecia y le dijo:

—Os suplico, condesa, que me concedáis todavía un rato de compañía.

—Y yo os ruego, general—le contestó Lucrecia—que me permitáis retirarme.

El general cogió la mano que le tendía la condesa para despedirse y la atrajo violentamente contra su pecho.

El conde se abalanzó sobre él, pero la guardia del general pronto lo redujeron a la impotencia.

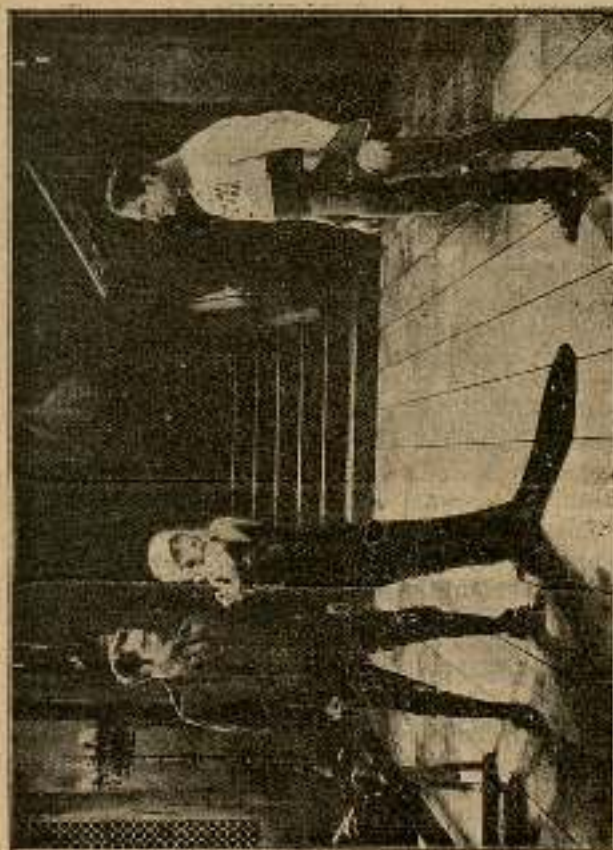
—¡Strojan! —ordenó el general.—Vigilad a este hombre; sin duda debe ser un espía y como tal será fusilado mañana a las seis.

—Piedad —exclamó la condesa.—Es mi esposo.

—Ya lo supuse, condesa—exclamó el general.—Yo esperaré aquí para recibir vuestra orquídea a la media noche. De vos solamente depende que este asunto no termine trágicamente.

Adivinó la condesa la desgracia que le amenazaba, pero no quiso doblegarse a los inicuos deseos de aquel hombre y se retiró a llorar a sus habitaciones...

El príncipe estaba decidido a que fracasasen los propósitos del general y para ello



¿Quién os ha llamado aquí?

recogió varias botellas de vino, y después de vaciar varios vasos, se acostó en la cama de la condesa.

Al entrar ésta y ver al príncipe, conoció inmediatamente una idea, la de vestirse con la capa y el kepis de aquél para hacerse pasar por él y salir del castillo en busca de auxilio.

Sin detenerse un instante hizo así, mientras que el general aguardaba su llegada, seguro de que no faltaría a la cita.

Llamó al centinela que había puesto a la puerta y le dijo:

—No quiero que, bajo ningún pretexto, se me moleste. Tráeme vino y márchate a tu puesto.

Durante la cena, el general había bebido más de lo natural, y su cerebro se hallaba perturbado por el alcohol. No obstante, cuando tuvo ante él el vino pedido, continuó bebiendo hasta que la pesadez de la embriaguez le obligó a cerrar los ojos y a dormir.

En su imaginación, sus deseos tomaron realidad, y la figura conmarcada en el retrato fué adquiriendo movilidad, hasta que, desprendiéndose del cuadro, fué acercándose lentamente hacia donde estaba él.

Levantóse el general y se acercó a ella, que venía envuelta en la amplia capa de armiño, tomó una de sus manos y la besó apasionadamente, a la vez que la conducía hacia

la mesa. Cogió de ella el vaso en el que acababa de beber y le ofreció a la bella castellana la copa. Luego la atrajo hacia sí suavemente y mirándose apasionadamente en sus ojos, besó con avidez aquellos labios divinos. Media hora después volvía nuevamente a conducirla hacia la escalera, y al despedirse de ella, le recogió la arquieca que la dama llevaba en la mano.

OIGA!...

Estos son los
mayores éxitos:

TANGOS ARGENTINOS,
BIANCO BACHILIA
MARCUCCI
LOS MEJORES TANGOS
IMPERIO ARGENTINA
SPAVENTA
LINDA THELMA
MANUEL BIANCO
CARLITOS GARDEL

Cada librito contiene 20 tangos modernos diferentes
PRECIO DEL LIBRO: 30 céntimos

PÍDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A
BIBLIOTECA FILMS. - Apartado 707. - BARCELONA

CUARTA PARTE

Mientras esto ocurría en el mundo quimérico de los sueños, la realidad era bien distinta. Lucrecia, oculta bajo la capa del príncipe y procurando cubrir su rostro con el kepió intentó franquear las puertas del castillo, pero el oficial de guardia la detuvo diciéndole:

—Perdone, Alteza; pero tengo orden de arrestar a todo el que no se halle en su aposento a estas horas.

La condesa, sin decir nada se acercó a uno de los establos que servía de prisión y dijo que la encerrarán en él. Al hacerse la luz en aquel recinto, el capitán Adrián, que se hallaba en el contiguo, miró entre las rendijas que formaban las tablas, mal unidas, y su sorpresa no fué pequeña cuando vió que era su esposa.

—Lucrecia — llamó quedamente, pero lo suficiente alto para poder ser oído de ella.

Se volvió rápidamente la castellana al reconocer la voz de su esposo y le contestó:

—Soy yo, sí. Procura encontrar algo con que podamos separar las tablas y unirnos.

Con un trozo de leño fué suficiente para abrir un agujero por donde pasó el capitán que le dijo a su esposa:

—¿A qué es debido que te encuentres aquí?

En pocas palabras le relató cuanto le había ocurrido con el general, y terminó diciéndole:

—Si has de morir tú, quiero morir contigo. Las damas de nuestra casa, antes que su vida saben defender su honra.

—¡Cuánto te amo!—exclamó su esposo, enternecido por aquel sublime amor, y en un estrecho abrazo, pasaron los dos amantes aquella noche inolvidable, esperando la hora fatal que había de separarlos.

Al apuntar el día los alegres toques de clarines despertaron a los habitantes del castillo, y el oficial de guardia abrió la puerta donde creía que estaba detenido el príncipe y exclamó:

—Su Alteza está libre.

Lucrecia sin, entretenerse a recoger la capa ni el kepió del príncipe, abandonó su prisión

ante el asombro del pobre oficial, que no sabía cómo explicarse aquella transformación.

Para Lucrecia no existía más que una sola esperanza, poder ablandar el corazón del general y obtener el perdón de su esposo. Decidida a doblegar su orgullo y a suplicar misericordia se dirigió hacia el comedor, todavía dormido Rostald.

Al llegar a la puerta vió aparecer al príncipe y se detuvo indecisa un momento y esto fué lo que la salvó.

A los pies del general continuaba la orquídea que se le había caído la noche anterior durante la cena, y el príncipe, para gastarle una broma, la recogió del suelo y se la puso en la mano.

Lucrecia miraba extralada todo aquello y esperó el resultado de aquella estratagema del príncipe, que no dudó que lo hacía para salvarla.

Cuando consiguió despertar al general, se cuadró ante él, y le dijo:

—¿Cómo habéis pasado la noche, mi general?

—Divina—exclamó éste.

Y al ver que el príncipe intentaba beber en la copa que había sobre la mesa, se la quitó, diciéndole:

—No bebáis ahí. En esta copa se ha posa-



Veala envuelta en la amplia capa de armiño.

do los labios mas bellos que he visto en mi vida.

—¿Queréis decir, acaso, que la condesa...

—pregunto el principe.

—Sí, amigo mío —respondió Rosalind—

Os he venido en toda la linea. —Y al con-

templar la sonrisa de incredulidad que se

atribuía en el rostro del principe, le enseñó

la orguñeta, que éste le habia puesto en la

mano, y exclamó: —Si no fuera así, ¿cómo

que tendría en mi poder esta flor, que es el

emblema de las damas de Baltrami?

El principe comprendió que con su extra-

ñeque habia logrado salvar a aquella do-

ña, y respondió, inclinándose reverencia-

mente:

—Decididamente, general, habéis venido.

Lucrecia oía aquella conversacion sin que

al principio pudiera darse cuenta de lo que

significaban las palabras del general, pero

a medida que éste iba explicando el sueno

tenido la noche anterior, quiso sacar partido

de aquella circunstancia, y entró decidida-

mente en el comedor para decirle al general,

—(General, vengo a imploraros un poco de

piedad para mi esposo.

—Señora —respondió aquel,—jamás podré

olvidar la noche que he pasado en vuestro

castillo. Soy hombre que sabe cumplir su

promesa, y desde este momento vuestro es-

pos queda en completa libertad.

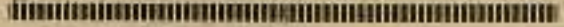
principe y le dirigió una mirada de profun-

do agradecimiento, que éste reconoció, incli-

ñandose levemente, mientras que el general

llamaba a su ordenanza para ordenarle que

se suspendiese la ejecución.



BIBLIOTHECA FILMS

Y

FILMS DE AMOR

Son las mejores novelas cinematográficas

PIDA TAMBIEN

SOBRE ROSA (Sólo para solteras), 20 cts.

SOBRE GALANTE (Id. para hombres) 20 *

QUINTA PARTE

En el patio del castillo todo estaba ya preparado para la ejecución: habían sacado al prisionero, y el conde de Beltrami, sin perder un átomo de su serenidad, esperaba valerosamente la hora fatal.

A la voz de mando del oficial que mandaba la tropa, los soldados levantaron los fusiles, y en aquel preciso instante llegó la orden del general suspendiendo la ejecución.

El oficial quitó la venda de los ojos del sentenciado, y le dijo:

—Conde de Beltrami, el general Rostald os concede la libertad.

El conde quedó extrañado ante aquella nueva orden. Había perdido ya todas las esperanzas de salvarse y solamente daba gracias a Dios porque su esposa había sabido resistir y lo había librado de la resaca.

¡Cuánto amor había en aquel instante en el corazón del conde! Mas de pronto una duda cruel le asaltó. ¿Haría su esposa accedido a las pretensiones del general? Pero

este pensamiento desapareció inmediatamente al recordar que había pasado la noche a su lado. Loco de alegría corrió hacia el interior del castillo y encontró a Lucrecia hablando con el general y el príncipe. Al verlo entrar comprendió el general que su estancia allí no tenía ya objeto y le dijo al príncipe:

—Alteza, ordenad que se halle la tropa preparada. Partiremos inmediatamente. — Y dirigiéndose a la condesa, le dijo:

—Señora, jamás podré olvidar la hospitalidad que os habéis dignado concedernos anoche. Estad segura que me llevo del castillo el recuerdo más grato de mi vida — y le enseñaba la orquídea, con la que había estado jugando distraídamente mientras hablaba.

En aquel instante se presentó un soldado, portador de las prendas del príncipe, y entregándoselas a éste, le dijo:

—Alteza, hemos encontrado estas prendas de vuestro uso en un establo.

—¿En un establo? exclamó extrañado el príncipe.

Lucrecia le dirigió una significativa mirada, que el príncipe comprendió inmediatamente, y sonriéndole, como dándole a entender que estaba en el secreto, exclamó, a la vez que le besaba galantemente la mano:

—Señora, permitidme que admire en vos

dos cualidades: vuestra belleza y vuestro exquisito talento.

Hizo una reverencia y salió de la estancia para dirigirse a donde estaban las tropas.

También el general se despidió de ello y salió detrás del príncipe.

Cuando los dos esposos volvieron a estar solos, el conde le preguntó:

—¿Cómo se explica todo esto, Lucrecia? ¿Qué quiere decir esa orquídea en poder del general?

Su esposa se acercó a él, y a la vez que lo abrazaba con infinita ternura, le dijo:

Esa orquídea quiere decir que el general ha tomado por realidad lo que solamente ha sido un sueño.

Abajo, en el patio, sonaron las cornetas de las tropas indicando su marcha, mientras que los dos esposos, tiernamente abrazados, se dirigieron lentamente hacia el pie de la escalinata, a donde se hallaba el retrato de la dama del arriñón, y estuvieron durante un gran rato contemplando aquel rostro que tanto se parecía al de la actual condesa.

Un suspiro de inmensa felicidad se escapó del pecho de ambos. Los toques de clarines habían cesado, indicando que el enemigo se hallaba lejos, la tragedia había rozado con su manto negro las altas cúpulas del castillo sin poder entrar en su interior, mientras que la dicha y el amor volvía nuevamente a

encontrar se volvió al lado de aquellos dos corazones que tanto se amaban. Aquellas almas, tan blancas como el manto que cubría a la antigua dama, se entregaban candorosamente la una a la otra.

Todo era alegría en el castillo. La servidumbre reía gozosa, mientras que las campanas tocaban alegremente, anunciando una nueva era de dicha. El enemigo había pasado y otra vez la paz y la tranquilidad reinaba en los corazones de aquellos seres, que odiaban la guerra.

Lucrecia y Adrián seguían abrazados contemplando el retrato. Sus ojos fueron lentamente buscándose, y al encontrarse, se dijeron en aquella mirada todo su inmenso amor. Fue un tácito juramento de amor eterno que sus labios, ansiosos de probar la dicha, sellaron con un beso de infinita pasión.

—¡Adrián, cuánto he sufrido en una noche!—exclamó la condesa.

—¡Lucrecia!—murmuró él, sujetándola más fuerte entre sus brazos.

La condesa reclinó la cabeza sobre el hombro de su esposo, y cerró los ojos para gozar en toda su plenitud aquella dicha inmensa que le otorgaba el cielo y que tan merecida la tenía...

Colección Ud. la Selección de FILMS DE AMOR

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
El templo de Venus	M. Philbin
Sacrificio	Ray Compton
Las garras de la duda	Leda Gie
Rapeto de Hienzen	Lew Cody
El tren de la muerte	Caryna
La esposa comprada	Alice Terry
El juramento de Lagardère	G. Jaquet
Buda, el Profeta de Asia	Himatsu Rai
La princesa que amaba al amor ..	A. Manzini
La hija del Brigadier	Nora Gregor
La fiera del mar	J. Barrymore
La mujer que supo amar	Doris Kenyon
Fausto	E. Jennings
La que no sabía amar	A. Marcus
Una aventura de Luis Candela ..	M. Soriano
Cuando los hombres aman	F. Dhalie
El caballero de la rosa	J. Catalán
Los cadetes del César	Irene Rich
Los amores de Manón	Dolores Costello
Valencia	M. Baldaia
La tragedia del pasado	G. Ekman
El cuerno mandamán	Mary Carr
Odette	F. Bertini
Tiánic	G. O'Brien
Flor del desierto	Vilma Banky
Lances del querer	N. Shearer
Entre el amor y el deber	R. Novarro
La vida privada de Helena de Troya	K. Cortez

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona

658

Ya está a la venta el

ALMANAQUE de **Biblioteca Films**

PORTADA A TODO COLOR

PROFUSIÓN DE GRABADOS
ANÉCDOTAS DE CINELANDIA
NOVELAS DE LOS MÁS GRANDES FILMS
BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS PRELECTOS
LANGOS CELEBRES

Precio popular: UNA peseta

CENTROS DE REPARTO

SOCIEDAD GENERAL DE LIBRERÍA
Barbanti, S. — BARCELONA — Carrus, C. — MADRID

Si no lo encuentra en su localidad acudir a

BIBLIOTECA FILMS
Apartado de Correos 707 - BARCELONA

Revisando el prospecto, más tarde visitarnos en todos los puntos
que se le señalan en seguida.